

## ALGUNOS ASPECTOS DEL PENSAMIENTO COSTARRICENSE

*Abelardo Bonilla*

La obra niveladora de la escuela costarricense y las condiciones sociales de nuestro desarrollo—escasa población, ausencia de fuertes influencias extranjeras y predominio de la agricultura y el comercio sobre la industria—han originado la afirmación de una clase media, tanto en lo económico como en lo intelectual, que es el rasgo más destacado del modo de ser de la nación y la base de su estructura política. “Costa Rica es una nación que ha adquirido una personalidad a fuerza de no tener ninguna”, nos dijo una vez un escritor español. Si puede hablarse de una personalidad nacional, le observamos, ella debe entenderse como una suma de individualidades niveladas por el medio y unidas por comunes intereses.

La clase media puede caracterizarse intelectualmente por la nula o escasa capacidad de creación poética y artística, lo que está compensado en mayor o menor escala por la capacidad de análisis, es decir, por el instinto que la lleva a reducir los complejos a elementos simples y a comprender tales elementos con un criterio pragmático. Quizá esto explique la predilección de la gran mayoría de los escritores costarricenses, no por la obra de fantasía, sino por el cultivo del intelecto en sus formas abstractas, los menos, y en sus aplicaciones utilitarias, los más.

En nuestro libro *Historia y Antología de la Literatura Costarricense* (1) trazamos un panorama del desarrollo del pensamiento en el campo filosófico de acuerdo con cuatro períodos que, si bien no aparecen netamente definidos ni tienen bases académicas, muestran “ambientes” o tendencias generales que permiten apreciar influencias y evoluciones diferenciales, adaptadas y limitadas por nuestras posibilidades, y siempre inferiores—en calidad y cantidad—al interés de otras disciplinas intelectuales, como las históricas, las jurídicas, las educativas y las económicas.

El primer período, el colonial, es de raíz española como lo es en toda Hispanoamérica, religioso, dogmático y escolástico, pero en expresión mínima por la pobreza del país y la escasísima población, que hicieron que nuestra tierra no interesara a la Corona y quedara abandonada a sus propios y misérrimos recursos. La obra cultural quedó en manos de algunos sacerdotes aislados y de la Orden Franciscana, y no existe ningún dato que nos permita afirmar que en Costa Rica se conocieran las escuelas independientes españolas: el criticismo de Vives, el escepticismo de Sánchez o el armonicismo de Fox Morcillo. En los finales de ese período y en los primeros años del siglo XIX (en Costa Rica el espíritu de la Colonia se mantuvo hasta 1840), surgieron dos valores importantes: Fray Antonio de Liendo y Goicoechea y Florencio del Castillo. El primero, formado en España y en el ambiente liberal del período de Carlos III, fue el más notable valor del siglo XVII en Centro

(1) San José, Ed. Universitaria, 1957.

América. Su acción y sus escritos, realizados en Guatemala, abarcaron la Filosofía, las Matemáticas y las Ciencias Experimentales (1). Costarricense también fue el Padre del Castillo, defensor de la igualdad de derechos de todas las castas en las Cortes de Cádiz y a cuyo pensamiento, basado en la obra de los teólogos y juristas del siglo XVI, se deben muchas de las conquistas doctrinarias de aquella memorable asamblea.

El segundo período, que abarca la segunda mitad del siglo XIX, implica un cambio de rumbo, el posterior a la independencia, que puede sintetizarse, como en toda nuestra América, por una orientación hacia las culturas francesa e inglesa y, particularmente, hacia el positivismo. La creación de la Universidad de Santo Tomás, la llegada al país de muchos ilustres profesores extranjeros y el notable desarrollo económico del país, originaron un interés por las doctrinas positivistas y por la intensificación de la enseñanza pública, que llegó a ser gratuita y obligatoria, mucho antes que en otros países más avanzados. No hubo una doctrina orgánica de tipo positivista, sino un "clima", pero la formación y el ideario de los hombres de ese período—Rafael Francisco Osejo, José María Castro, Jesús Jiménez, Julián Volio, Mauro Fernández y de los jóvenes que habrían de figurar a la cabeza de la cultura y de la política nacional en el siglo XX—muestran inequívocamente las influencias de Darwin, Stuart Mill, Spencer, Comte e Hipólito Taine.

El tercer período, que abarca las tres primeras décadas del siglo actual, es el más complejo porque entraña una lucha entre el fuerte sedimento positivista del período anterior y la reacción, que convencionalmente llamaremos espiritualista, que se produjo alrededor de 1910. Surgió entonces una interesante polémica entre los representantes del materialismo y Roberto Brenes Mesén, a quien acompañaron muchos jóvenes entusiastas, no sólo hacia el idealismo, sino también hacia los campos esotéricos de la Teosofía de fuentes orientales. Es de notar, sin embargo, que en la esfera de lo educativo y en el círculo de la Escuela Normal de Heredia hubo una fuerte y activa influencia del pragmatismo de William James y John Dewey, que desarrollaron el mismo Brenes Mesén, Omar Dengo, Arturo Torres, Luis Felipe González y Carlos Luis Sáenz.

El cuarto y último período está en gestación y no puede enmarcarse dentro de tendencias definidas, no obstante que partió de 1940, fecha de creación de la Universidad de Costa Rica, y adquirió mayor nivel académico con la reorganización que culminó con la Facultad de Ciencias y Letras en 1957, en la cual la Filosofía se incluyó como materia obligatoria en los Estudios Generales.

La Filosofía se enseñó desde la Colonia en diversos centros y adquirió cierta sistematización en la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, hacia 1814, donde la explicaba Osejo. Más tarde se enseñó en la Universidad de Santo Tomás, pero es difícil formular hoy un balance satisfactorio de esa enseñanza y de sus resultados. En la vieja Universidad concurren dos tendencias contrapuestas: la tradición medieval y católica y el sentido liberal del Siglo XIX. Formalmente, privó la primera; en la realidad, privó el segundo. La obra histórica de aquel centro, no obstante las críticas severas que se le han hecho, fue indudable en cuanto que centralizó y orientó las corrientes del pensamiento, unió y condensó la cultura de un grupo de extranjeros y promovió el interés por los estudios humanísticos.

(1) Sobre este autor y sobre todos los demás citados en este artículo, consúltese el libro anteriormente citado.

El positivismo, la atmósfera ideológica que privó en los finales del siglo pasado y en los primeros años del actual, no llegó a condensar en un movimiento académico y, después de diluirse en polémicas informales sobre temas religiosos, se manifestó en la reforma educativa que llevó a cabo Mauro Fernández, pero encontró una valla en el brote idealista que se produjo en las dos primeras décadas de nuestro siglo. Este período se caracterizó por una densa actividad intelectual y una vigorosa, y a veces violenta, polémica entre los defensores del positivismo—Carlos Gagini y Elías Jiménez Rojas principalmente—y el adalid de las nuevas ideas: Roberto Brenes Mesén, educador, filólogo, poeta y pensador de altos vuelos.

Brenes Mesén evolucionó del materialismo en que se había formado a un idealismo radical, a una Metafísica en la que, en busca de una concepción del mundo, se abraza a las doctrinas platónicas y a las ideas filosófico-religiosas del Oriente. No creó un sistema, pero su entusiasmo y sus excepcionales condiciones de profesor le permitieron rodearse de un grupo de admiradores y discípulos y promover el interés por la Teosofía. Su residencia de varios años en los Estados Unidos, sin embargo, impidió la continuidad de su obra en el campo filosófico.

El período contemporáneo, como punto de partida y como promesa, es el más interesante desde un punto de vista académico, porque ha sistematizado los estudios filosóficos en el seno de la Universidad de Costa Rica, iniciando la concreción de evidentes tendencias latentes y preparando el camino para su desarrollo posterior.

En este período se aprecian las principales tendencias filosóficas contemporáneas. En primer lugar, por tradición y dependencia cronológica, la escolástica y la neo-escolástica, difundida principalmente por Jorge Volio Jiménez, Decano de la desaparecida facultad de Filosofía y Letras, a quien siguen varios discípulos. En segundo lugar, la existencialista, dada a conocer por Teodoro Olarte en la derivación de Heidegger, y por Claudio Gutiérrez C. en la de Marcel. Hay además varios casos de trabajo aislado que no podrían catalogarse estrictamente en escuelas o tendencias. El más importante es Moisés Vincenzi, profesional de la Filosofía, escritor vigoroso que ha lanzado varias tesis originales; Alejandro Aguilar Machado, que ha publicado importantes trabajos en el campo del historicismo, y el matemático Luis González, quien está realizando investigaciones sobre Teoría de la Ciencia.

Lo más importante en el panorama contemporáneo no es, sin embargo, la obra escrita, sino la orientación y sistematización del estudio de la Filosofía que lleva a cabo la nueva Cátedra de la Facultad de Ciencias y Letras, bajo la dirección de Constantino Láscaris Comneno, labor de muy amplias perspectivas y sobre la cual han venido informando las crónicas de esta Revista de Filosofía.